

Jorge Enrique Adoum

Cementerio personal

Confidencia(s) a gritos sobre Paco Urondo*

cuando me dijeron que ñaño urondo (así se dice en ecuador y no me excuso porque ñaño es más hermano que hermano o sea como urondo)
a nuestra pregunta más terca que nosotros de para qué estamos en la tierra
sobre todo donde solo van quedando vivos los enterradores
respondió disparando a dos manos pólvora y poesía es decir siendo escritor y
hombre pero ambos con cojones
taché su dirección en mi libreta que se va poco a poco convirtiendo en libreta
de tachaduras y no de direcciones
porque ya no iría a buscarlo en ciudad de la paz 153 ni en venezuela 725
ya sin número ni calle ni ciudad podría encontrarlo en cualquier taller de
estallido o alarido

cuando me dijeron que habían encontrado a paco urondo
creí que lo habían encontrado en su escondite o su "casita" del momento
lo vi preso entre presos abarrotados tras barrotes
lo vi bajo demenciales torturas torrenciales torturado
luego me explicaron lo que en el coño sur quiere decir encontrado
porque allá hay muertos que no dejan tras de sí el cadáver como un abrigo que
se les hubiera caído de los hombros (¿dónde estará tu abrigo maría elena?)
hay inencontrables sin más rastro que un rostro que no olvido (estoy hablando
de haroldo conti)
o sea que habían encontrado los huecos de las balas rodeados por su cuerpo
pero no quise ayudar a matarlo no taché su nombre en mi libreta
cómo iba a estar muerto si ahí lo tenía anotado

ahora me saco mis recuerdos como de una caja de fósforos
me construyo una armazón de palitos que nadie podrá de un tiro deshacer a
manotazos
la habana su fraternidad oceánica nuestra casa de las américas roberto a quien
siempre le esta(ba)mos debiendo algo
el balcón del hotel donde con rodolfo walsh* discutíamos hasta qué punto
nuestra
práctica de la relación hombre/mujer era todavía tan pocamente humana
ginebra donde nos olvidábamos de cenar comiendo a medianoche en el ba-ta-
clan de espaldas a un escenario donde unas mujeres no terminaban jamás de
desvestirse
la venta de unas monedas de oro que una entelequia de abuela había legado
sin saberlo a unos dinamiteros
parís un vinito de invierno paco amortajándose ¿ya? en la alfombra
donde se metía a dormir con su risa tenaz como su pelo de chico con
pantalones demasiado largos
buenos aires zulema katz juancito gelman que al fin "había hecho trabajar a un
gringo" en sus poemas "y no solo a las razas inferiores" como el japoncito
(¿dónde están ahora el hijo de juan y su compañera desaparecidos porque

juan no estaba visible para la AAAsesina?)

pero su muerte de militante civil cívico
esa muerte de héroe humildemente humano que sabía que nuestra vida es
menos importante que la vida de los otros (no como otros)
esa muerte de varón caído en actos del servicio
no me la puedo sacar de la piel pese a todas mis roturas sudamericanas

yo estoy lejos pero no tanto no es posible alejarse
la muerte ya no es una calavera tiene una cara que mis dedos besaron
se ha cambiado el nombre impersonal por el de alguien ¿que conocí o
conozco?
ya no es insólita sino puntual diaria horaria calendaria
y como esas viejas que temían recibir un telegrama
tengo miedo de que suene el teléfono y contesto con miedo ("paco ha muerto")
tengo miedo de que lleguen cartas y las abro con miedo ("la hija de paco ha
muerto")
tengo miedo de que llamen a la puerta y abro con miedo ("también su
compañero ha muerto")
tengo miedo de hojear un periódico y lo ojeo con miedo ("en nueve meses
1.507 muertos")
porque allá la manera natural de morir es ser asesinado

entonces me doy pena de estar inútilmente vivo inútilmente libre inútilmente
intacto
me tengo pena de seguir siendo como soy y sigo siendo
con pena de no haber muerto antes que ellos haciendo algo que valga la pena
como el hijo de juan y su compañera
como la hija de paco y su compañero
como haroldo o maría elena
como la mayor parte de esos 1.507
como paco urondo más o menos

1976

Benjamín Carrión: gran señor de la nación pequeña

él hizo más grande nuestra patria
la llevaba orgulloso como una flor en el ojal a donde iba
y de donde iba volvía dejando amigos que la querían por contagio
él le enseñó a leer a la patria
fue el primero que dijo palacio cuadra pareja icaza los que se van los que se
están yendo los que se quedan los que vienen
la ayudó a escribir y a pintar y también a ser grandecita
porque le adivinó la vocación le propuso una teoría
y le recordó -para que no se repitan- las bofetadas de la biografía

en un país como el nuestro donde el gallo canta siempre cuando ya hemos
negado tres veces a quien vale
era único insólito con su generosidad empecinada

que le reprochábamos (porque la diferencia es un defecto)
y él prefería que se lo acusara de eso y no de ser un crítico malhumorado y
gruñón con el hígado malo

de los gestos del hombre prefería el abrazo
y solo carajeó contra los dictadores

era el mayor de nosotros y nos acostumbramos tanto a tenerlo siempre al lado
que nos queda grande su ausencia
(menos mal que tengo experiencia en conjugar los verbos en pasado)
y es difícil saber qué vamos a hacer con esta herencia de generosidad que nos
deja de golpe
acaso lo mejor que puede hacer la familia que formamos o debiéramos
es hacer lo que se hace en las mejores familias
disputárnosla
ver quién se lleva más y así llegarle a los talones
a usted benjamín
gran señor de la nación pequeña

1979

Desencuentros con Julio**

es como si lo hubiera visto morir quince meses atrás o sea el 6 de noviembre
de 1982 cuando enterrábamos a carol
hacía un frío triste y gris y allí estábamos los amigos
desfilando sobre un suelo movedizo y húmedo de hojas sucias de otoño como
si hubiera servido para otros entierros u otros otoños
y tras haber echado cada uno una flor -rosas amarillas había pedido su madre
por teléfono- sobre la caja angosta y pequeña
nosotros que habíamos enterrado en nuestra vida a tantos muertos y dádole el
pésame a tantos deudos
nos encontrábamos en el cementerio de montparnasse con un único deudo
solo alto duro flaco
de pie con una gabardina azul bajo el arco de unos árboles casi decorado de
teatro

como en él todo era grande (sobre todo el corazón) me hizo sentirme más
pequeño con su inmenso abrazo y su recomendación de que me cuidara
pero en ese instante como si yo no hubiera sido yo sino uno de sus personajes
de esos con supersticiones y premoniciones causales y casuales
decía me decía ¿y a quién vamos a darle el pésame cuando él se muera si no
a nosotros mismos?
como si él y no alguno de nosotros los otros hubiera de morir primero
después los que quedamos nos juntamos los pedazos prometiéndonos vernos
con mayor frecuencia no dejar que las calles y distancias de parís nos
separaran estar más juntos que antes como para que nadie llegara a faltarnos
y es precisamente él quien nos falta ahora y estamos todos dándonos el
pésame abrazándonos más estrechamente que nunca recibiendo condolencias
por teléfono o por correo

sintiéndolo de pronto al lado cuando entramos en un bistro o tomamos el metro o escuchamos jazz o nos ponemos un pullover y habiendo olvidado en esa oportunidad sus antiguas instrucciones para llorar traté a escondidas en difícil homenaje a su memoria de subir de espaldas la escalera y he de incurrir en el ya lugar común de decir de ciertas situaciones o de ciertos desencuentros sucesivos que parecen un cuento de Cortázar pero la culpa es suya por habernos demostrado que uno puede pasar de su mundo cotidiano y rutinario a un universo paradójico con solo tomar un tren o abrir una puerta

en septiembre de 1982 la universidad internacional Menéndez y Pelayo de España acordó culminar un seminario celebrado en Sitges rindiendo homenaje a la obra de Cortázar y entregándole una medalla julio no pudo asistir atado como estaba a la cama de hospital de su mujer (y sin embargo en esos días escribió dos cuentos de horror sobre el fascismo argentino) y por generosidad de los participantes se decidió que yo recibiera la medalla en su nombre pero en lugar de entregármela en su estuche el rector me la "impuso" o sea que simplemente me la puso o sea que me la quitó en seguida porque estaba destinada a otro pecho y agradecí no en nombre de Cortázar sino en el de quienes éramos sus amigos y hermanos ese reconocimiento a la obra del gigante "pastor de palabras" pero también a la del hombre que con sus largos brazos de boxeador frustrado golpeaba en cada round la mandíbula de los dictadores al que le había quitado todas las cáscaras a la realidad hasta encontrar en ella las semillas de lo imaginario al doble compañero en quien la literatura y la revolución se daban la mano comprensivas a su ejemplar capacidad latinoamericana de ubicuidad porque estaba en lo esencial de Chile y de Argentina en Cuba y Nicaragua en El Salvador y Guatemala tratando en todas las tribunas posibles y desde todos los tribunales de explicarles a los europeos cómo son las cosas contra las que se debaten o por las que combaten nuestros pueblos yo declaré en aquel acto cordial y solemne que entregaría a julio la medalla por lo menos en unión de los participantes en el seminario radicados en París -Saúl Yurkievich Osvaldo Soriano y Miguel Rojas Mix- desde la casa de Eduardo Galeano lo llamamos por teléfono para enterarnos del estado de salud de Carol y yo le hice el resumen de la solidaridad de profesores y alumnos de amigos y desconocidos en ese momento tenso que estaban pasando esas dos vidas y le prometí esa fraternal miniatura del acto de Sitges para cuando Carol saliera del hospital pero Carol salió del hospital al cementerio y me pareció que celebrar la reunión sin ella habría sido algo como faltar a mi palabra o algo como olvidarla demasiado pronto por lo demás julio se puso sanamente a viajar en seguida

fue al sur de francia y volvió a cuba (que le había cambiado casi veinticinco años atrás las líneas de la mano) y a nicaragua (donde "han empujado la palabra cultura a la calle como si fuera un carrito de helados o de frutas") cuando estuvo de regreso yo entraba unavezmente más al hospital por nuevos incidentes corazonales

y estuve un mes fuera de parís por razones de convalecencia a mi regreso saúl estaba ausente y soriano había ido a hacer una "prospección" en argentina donde su último libro disputaba con uno de julio el primer lugar en la lista de best-sellers

cuando en junio apareció Deshoras y lo encontré en una lectura de poemas que hizo claribel alegría conmigo me pareció llegada la oportunidad que buscaba y le propuse celebrarlo con la reunión nueve meses postergada y entregarle la medalla

pero él se marchaba al día siguiente a italia y a no sé qué otros países más luego vinieron las vacaciones de verano en las que todos se ausentaron excepto yo que me fui a ecuador en septiembre y octubre

a mi vuelta la medalla guardada en un cajón del escritorio me seguía quemando las manos

y decidí dársela aun cuando fuera sin pretexto literario ni fiesta casera ni invitados íntimos

pero él podía por fin volver a su argentina en donde tanto tiempo le estuvo prohibido entrar y a veces ser leído

e iba a hacer un nuevo viaje a cuba y nicaragua pasando por parís pero esta vez su médico no se lo permitió

"por el peligro de la enfermedades tropicales" según julio que seguía engañando(se)nos

en diciembre lo encontré en casa de daniel viglietti y por vez primera lo vi malhumorado harto de venir arrastrando tres años de alergias y seis meses de leucemia y otros trastornos

cuando al abrazarle le pregunté cómo estaba me dijo "Mal como de costumbre" cuando al despedirme le dije que se cuidara me respondió secamente "I will do my best"

desde entonces durante dos meses fue huésped semanal de los hospitales y aún así se dio modos para hacerme llegar en enero Losonautas de la cosmoruta amorosamente escrito a cuatro manos entre él y carol dunlop a comienzos de febrero de paso por parís eduardo galeano me dejó un ejemplar de Las caras y las máscaras que julio quería leer "durante su convalecencia"

y miguel rojas mix que en esta historia de hospitales estaba entonces hospitalizado me hizo saber que por saúl yurkievich sabía que el cronopio mayor se acordaba de que no le había dado aún su medalla

julio ya no quería que se lo visitara en el hospital pero alfredo guevara logró hacerle llegar el testimonio de solidaridad de cuba que ponía a su disposición un avión y toda su capacidad médica

aunque sabíamos o sospechábamos o temíamos que fuera demasiado tarde en la noche del sábado 11 de febrero le escribí unos renglones recordándole que por viajes impostergables ausencias intempestivas e idas y vueltas suyas y mías a los hospitales se había postergado la entrega de ese símbolo de admiración y reconocimiento de la universidad española a la limpieza de su

vida y la limpieza de su obra
pero que se iban acumulando en mi poder cosas que le pertenecían
y que se las enviaba con alguien para que por intermedio de aurora bernárdez -
que había sido su primera mujer y era su última entrañable enfermera- las
recibiera el domingo a las cuatro de la tarde
pero el domingo se estuvo muriendo desde las cinco de la mañana hasta que
hacia el mediodía un médico tardíamente compasivo le puso una inyección
para que no le dolieran más el corazón ni el resto
esa noche vi en su casa de reojo el estuche con la medalla el libro y la carta

justo un año antes él había hablado del "término del periplo de una vida que
entra en su ocaso [...] al fin de un larguísimo viaje por las tierras y los mares del
tiempo"

no nos parecía a nosotros que hubiese sido tan largo pero ahí estábamos
enterrándolo el martes con un solcito frío de invierno en una caja larga y ancha
capaz de contener al gran hermano mayor aunque con la impresión de que
había tenido que empequeñecerse para pasar por la muerte sin bajar la cabeza
nos fue imposible convencer a los empleados de pompas fúnebres de que la
familia éramos nosotros cuando nos pedían que nos retiráramos
y volvimos a abrazarnos más estrechamente que la vez anterior
sintiéndonos que a pesar de estar todos juntos nos habíamos quedado un poco
más solos

(carol había muerto el 2 de noviembre "Día de los fieles difuntos"
julio fue a reunirse con ella -bajo la hermosa sábana de mármol que había
tallado luis tomasello- el 14 de febrero "Día de los enamorados"
dejo constancia de ello porque para él esas cosas tenían significado)

1984

Algunos Juanes de Rulfo

¿Lo llamaban realmente así en Sayula y en San Gabriel no siendo aristócrata y
cuando era niño todavía?

¿Lo inscribieron con ese nombre cuando lo mandaron a la escuela de
Guadalajara?

Y al pasar lista ¿decían cada día "Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo
Vizcaíno", a lo que él respondía simplemente "Presente"?

("Me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos,
como si fuera el vástago de un racimo de plátanos, y aunque siento preferencia
por el verbo arracimar, me hubiera gustado un nombre más sencillo".)

O sea que El llano en llamas pudo estar firmado por Carlos Pérez y Pedro
Páramo por Nepomuceno Vizcaíno.

Pero lo cierto es que cuando en su baraja onomástica él escogió llamarse Juan
Rulfo (lo que era casi un seudónimo porque "lo de Rulfo lo tengo de María
Rulfo Navarro que se casó con mi abuelo materno")

él ignoraba -como ignora tantas cosas de sí mismo- que era el nombre que iba
a darse la literatura latinoamericana para despertar de su siesta tropical.

¿Y por qué no Juan Pérez, por ejemplo, como se llaman todos a veces
(todos quiere decir esas personas a quienes apenas les clarea el alba y ya son

hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón) o Juan sin Tierra, no por rey ni por inglés, ni porque se hubiera rebelado contra el padre o hecho asesinar a sobrino alguno, y ni siquiera por habernos dado una suerte de Carta Magna de las libertades de lo imaginario, sino porque no hay tierra en su suelo ("Nací en el estado de Jalisco. Es un estado muy pobre [...] la tierra está destruida. A grado tal que en ciertas regiones ya no hay tierra [...]. Y esa zona tiende a desaparecer")?

O también Juan sin Nadie ("A mi padre [...] lo mataron una vez cuando huía [...], a mi tío lo asesinaron, y a otro y a otro [...] y al abuelo lo colgaron de los dedos gordos y los perdió [...] todos morían a los treinta y seis años") como a quien se le siguen muriendo todos en América Latina en esta larga guerra tonta de gobiernistas y cristeros. ("Cuando murió mi mamá me metieron en un orfanato que parecía correccional". Y era difícil crecer sabiendo que la cosa donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta.)

O Juan Todos porque en el mapa oral de sus quince cuentos y de su novela una, las voces se mezclan, se cruzan, se enredan, se confunden, irreconocibles, colectivas, es una población entera la que habla, cuando habla, para decirse cómo se fueron hundiendo para adentro o cómo se les fue cayendo el alma y otras historias igualmente agradables que se cuentan en voz baja y acostados los que, como si fueran a hacer el amor, van a estar mucho tiempo enterrados.

Juan Solo en medio de quienes lo admiran, lo quieren, lo rodean, lo protegen, lo exhiben para placer de los demás, como quien comparte una alegría rara, más bien única, con los que saben y con los que creemos que saben (yo recuerdo una noche/ en un departamento de París -quien lo arrendaba ha muerto-/ somos pocos los latinoamericanos/ quizás ocho, digamos once o diez/ hay algunas ¿demasiadas? parejas de franceses/ cada vez que entra una de ellas él se levanta ["Presente"/ otra vez niño en el orfanato/ presentándose "Juan Rulfo a sus órdenes"]

y las parejas tocándole apenas la punta de los dedos/ sin oírle el nombre/ sin saber quién es Pedro Páramo y menos aún que ya es un mito/ sin saber quién es Juan Rulfo y menos aún que era ya una leyenda/

porque no tiene facha de exiliado/ no es folklórico/ es atípico/ no es exótico/ por ejemplo no es cetrino/ y tiene los ojos azules y el fino cabello claro/

y sobre todo porque había whisky vino y bocadillos en la mesa/

y yo preguntándome ¿qué tal, si en la prisa que llevan como buenos franceses invitados al abrevadero, él los hubiera detenido diciéndole a cada uno "Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno a sus órdenes"?

Pero eso es imposible en Juan Callado, ese que ha mascado ya todas las palabras del idioma para dejar salir las que valen la pena y solo esas [porque es "como el campesino de Jalisco... Su vocabulario es muy escueto. Casi no habla, más bien"],

imposible en Juan Lacónico por hablado y a brazo partido por escrito ["Trataré de defenderme del barroquismo por todos los medios a mi alcance"], Juan sin Miedo al vacío).

Juan Ausente ("durante la construcción de una presa gigantesca [...]. Se

trataba de obtener de unas veinte comunidades indígenas que ya no cultivaran la tierra con el sistema tradicional de quemar los montes [...]. Estuve dos años allí. Y sabía de qué se trataba. Pero escribir un informe para mí es muy difícil. No tengo visión de reportero. No puedo escribir sobre lo que veo, lo que observo"),

por eso no se ve nada en su novela, es oral, se oye todo en ella: el galope del caballo fantasma, las puertas que se cierran sobre el recién llegado, el caer de la polilla, el bisbiseo brusco de un incesto que se lava la cara con la ternura ajena, el gozo de la mujer deseosa suplantando a la deseada en su noche de bodas porque la luna estaba brava, y el agua suena plas plas y otra vez plas, en mitad de una hoja de laurel,

novela susurrada en medio del colérico vocerío latinoamericano, murmullo subterráneo, cuento casi duro, amoroso casi, seco de lágrimas, contado al oído en la lengua de los indios que suena como un arroyo intermitente golpeándose contra los dientes

y en la que los adjetivos caen, como sobre una sábana de arena templada, sobre la gente y la tierra cuarteadas por la miseria y la canícula como la primera lluvia aliviadora en la parte de arriba del tiesto de Comala.

Juan Secreto con su pequeño misterio a voces ("Estas cosas que estoy escribiendo ahorita ... son una serie de historias, cuentos también, y una novela corta. Era una historia precisamente recogida en La cordillera que ya la tiré. Pero algo se salvó de allí. Sí... Es un relato largo. Más bien una novelita, una novela corta"),

confesándonos luego, Juan Travieso, que "eso de La cordillera son cosas que les digo a los periodistas para que me dejen tranquilo".

(¿Habrás pensado alguna vez en la suerte que tuvo Rimbaud, cuando dejó de ser el mocoso insolente de la poesía, porque no había periodistas, víctimas inocentes de su oficio que les hace emplear a veces el mismo procedimiento de las maestras de escuela y de los comisarios de policía,

y no había esos coloquios, encuentros, congresos de escritores en los que nunca falta alguien que lo acosa, él también, con preguntas, como si hubiera sido o fuera un becario de la sociedad o mandatario de sus lectores que le piden cuentas acerca de lo que ha estado haciendo después de lo que hizo?),

Juan Intacto no solo tras El llano en llamas sino incluso después de Pedro Páramo ("Este librito no creo que tenga calidad. Son los lectores los que se la han dado"),

Juan Integro en su silencio honrado ("Lo malo es que cuando un libro tiene éxito de venta los editores obligan a su autor a que escriba sin que interese mucho la calidad"),

Juan Discreto que habría podido darnos dos, tres, cuatro novelas -¿siempre la misma, como se sabe?- antes de encontrar la única ("Yo tenía ya la idea... pero me faltaba la clave". "Intentaba explicar..., no sugería las cosas..., explicaba por qué razón. Y cuando noté que todos esos materiales sobraban, entonces agarré unas tijeras y fui quitando todas las explicaciones y las cosas racionales que había..."),

y "lo racional" sobrante eran más de trescientas páginas o sea que debió romper, cortar, desgarrar, quemar con unas tijeras para llegar completo al fin de su camino

como si Juan Severo hubiera decidido comenzar por el último libro y quedarse allí, monumento a sí mismo, estatua de poesía,
Juan Lazarillo que nos conduce por la topografía del infierno -un infierno no peor que éste, en fin de cuentas, porque en ese uno puede ser acogido por Eduviges Dyada, o haber conocido a Doloritas, o haber quizás amado a Susana de San Juan, o haber vengado a los pobres desmoronando el montón de piedras que fue el final del cacique-,
o por el secreto cementerio donde las almas se encuentran, se conversan, ya no temen recordar, siguen amando, y de cuya última página salimos con la sensación de haber perdido algo como el paraíso, es decir el lugar natural para vivir toda la muerte y a cuya primera página volvemos solo para imaginar que moriremos de nuevo.

"Tuve alguna vez la teoría de que la literatura nacía en Escandinavia, en la parte norte de Europa, y luego bajaba al centro, de donde se desplazaba a otros sitios".

Y nosotros, ¿no tuvimos acaso la sensación, casi teoría, de que nuestra novela nacía en Comala, en la parte norte de América Latina, y luego bajaba al centro, de donde se desplazaba a otros sitios?

y la creaba Juan Tácito (recaudador de rentas, agente de inmigración, empleado de publicidad, funcionario de un programa de riego para las zonas áridas, guionista de películas comerciales, funcionario del Instituto Indigenista porque "La cosa principal de mi vida es conseguir trabajo para sostener a mi familia, ya que mi mujer y mis hijos tienen la costumbre de comer todos los días",

ese que dice "Nunca tomé la literatura muy en serio como para dedicarle a ella todo el tiempo", "Escribo cuando me viene la afición [...] como un vez me dio por la fotografía",

sabiendo, Juan "Aficionado" -pero ¿lo sabe realmente?-, que sobre cualquier cosa que escriba nos abalanzaremos como si nos hubiéramos quedado sin literatura desde hace treinta años

esperando a que le venga la afición.

O estará, me digo, poniendo en práctica el consejo que hace mucho le dio a un joven escritor para "superar su crisis de creación" (y éste creía, dice, que "era un problema de adjetivos y gerundios"): dejar de escribir un mes o mes y medio (pero ¿cómo se mide el tiempo en el universo de Rulfo?), comer bien, sin exceso, acostarse y levantarse temprano, y él ya sin necesidad de escribir porque, al revés de un personaje suyo, "lleva andado más de lo caminado".

Ahora he vuelto una vez más a oír la lluvia que cae de sus renglones como llueve en mi páramo distantemente ecuatoriano

y nuevamente le agradezco que haya nacido y siga existiendo como si su existencia justificara la mía y su silencio mi pereza.

Pero hace mucho que no voy a un congreso ("Los congresos no sirven de nada..., solo para volver a ver a los amigos"),

hace mucho que Juancito Caminador no ha venido a llamar a la puerta de París con cigarrillos mexicanos o tequila para los sedentarios gustosos o involuntarios

y hace diez años que no voy a México.

Quiero decir entonces que hay ganas, necesidad, urgencia* de volver a ver pronto al Juan Grave, al Juan Torvo, al Juan Hosco de que hablan quienes lo han mirado solo de lejos (o con el desencanto de Sara Facio y Alicia D'Amico que en una semana jamás pudieron retratarle ni siquiera con teleobjetivo, mientras otros se cambiaban de camisa y de sonrisa antes de cada disparo de las fotografías frustradas), ganas de verlo sonreír desde adentro y de abrazar desde arriba, desde la altura de quien encuentra por azar al hermano pródigo o le busca para darle el pésame por la muerte del padre, aunque tras el humo y las palabras de la noche Juan Fugaz se nos vaya, deslizándose, pegado a la paredes, y dejándonos hasta la próxima vez la dolorosa impresión de que la amistad tampoco basta para arrancarle la costra de las dentelladas que le fue dando la vida.
1985

¿Sabe usted, Luz Helena?***

la conocí golpeándose contra el silencio del poder en esa plaza a donde el pueblo acude cada vez que necesita recordar que el monumento fue erigido a su independencia y no a su servidumbre
y cada semana estaba usted allí sacudiendo la apatía del sistema hasta cuando concluyó el plazo que les concedió el señor ministro de gobierno para que ustedes preguntaran por sus hijos y su paradero en el agua hasta cuando nuestros gritos contra la tortura como pus o caspa del sistema molestaron al señor presidente en su trabajo incluso cuando dijo que eso "no iba a devolverles la vida" sin entender que ustedes y nosotros estábamos pidiendo que nos devolvieran su muerte
(el otro zapato un botón de la camisa los huesos de ambos)
y cuando yo tenía la impresión de que ya nada servía de nada ni las peticiones con firmas ni las marchas de protesta ni las consignas pintadas en las paredes (acaban de derribar la que frente a mi casa decía "pero Yambo no desaparece"*)
y nada hacía maldiciendo carajeando contra la impotencia frente al imperio policíaco
usted seguía haciendo algo algo cualquier cosa cada miércoles cada día a cada hora
y cuando ya no podíamos acercarnos a la plaza cercada a varias cuadras a la redonda ocupada -como por un ejército extranjero que hubiera venido a derrotarnos en nuestra guerra nuestra- por la misma policía que los mató a los dos y los siguió matando
usted avanzaba reclamaba pedía exigía bajo las ventanas mismas del palacio y cuando nos mordíamos el alma porque el gran culpable instalaba su trono en una alcaldía y aún se atrevía a pontificar sobre el derecho a violar el derecho pero nada decía del crimen cobarde el asesinato alevé callando encubridor y cómplice
y el gran ejecutor que tenía un jeep a la puerta abierta de su cárcel huyó del país

y ni el ministro de gobierno y policía ni la policía hicieron nada para que regresara el general de policía
usted enarbolaba -bandera de mil colores bajo el sol- su esperanza de mujer humana en la justicia de los humanos (¿eran humanos?)
usted enarbolaba -bandera sin color bajo la lluvia- su dolor de huérfana al revés dos veces (demasiada orfandad en una sola madre)
llenando con él los intersticios de vacío entre las piedras o entre el aire y las nubes
o entre nosotros mismos y el destino sin saber muy bien lo que significa (y al perder la vida usted recuperó para nosotros el derecho elemental de cada ciudadano
a volver a las puertas del palacio a recordar a voces a su inquilino que el asesino sigue libre y los muchachos muertos)
usted se me acercó una mañana cuando todos los escogidos por la música cantaban por los hermanos
en una afirmación de la vida o sea de la justicia exigiendo el castigo
y puesto que los jóvenes decían "todos somos restrepo" santiago y andrés eran hijos de todos nosotros
usted y pedro eran en ese momento nosotros
y usted me dejó dos lágrimas en mi camisa como si me hubieran matado a mis dos hijas
como recordándome con su humedad que sí puedo podemos hacer algo que sí cabe esperar después de la desesperanza
por ejemplo recordar a los desaparecidos que un día no volvieron a su casa ni a la vida
o ponerles como una chaqueta en los hombros su cadáver que andan buscando entre otros muertos
que sí vale la pena escribir mil consignas contraseñas maldiciones firmar mil denuncias condenas cartas manifiestos
gritar hasta enronquecernos el corazón
contra la desventurada teniente de policía que cobraba por haberlos visto cobraba para verlos de nuevo cobraba para mentirlos vivos
contra el general de policía que anunció iba a ensuciar unas hojas de papel escribiendo en su defensa un libro con las patas dentro de las botas
contra los que torturaron a ese muchacho hasta matarlo y mataron al que había visto la tortura y así doblaron la muerte
contra el imbécil coronel de policía que dijo "por la desaparición o muerte de dos mocosos no se debió armar tanto relajo y estar ahora con la misma cantaleta"
y aunque todos ellos estén dentro o fuera de una cárcel de cinco estrellas sí valió la pena luz helena por esos adolescentes puros
sí valió la pena luz helena insistir para que esos reos poco comunes puesto que salvajes pasen a una cárcel común
particularmente ése que dijo hablando de los mocosos "ellos no fueron personas relevantes como un presidente norteamericano o un cantante mexicano para dar tanto revuelo al asunto"
ignorando el ignorante que la vida de un muchacho de un niño de un adulto transeúntes por el país o calle de las lágrimas
cortada por la brutalidad del poder y su justicia
es para nosotros más importante que la de cualquier presidente o candidato

muerto en el cumplimiento de su ambición o de su destino
lo que valió la pena sobre todo luz helena
es habernos dado a todos la conciencia de que los derechos humanos son
sagrados
no una sigla ni una composición literaria ni un discurso oficial de sobremesa
sino algo en cuya defensa se muere y vale la pena morir porque es por los
demás por los otros nosotros
como murió consuelo benavides
como murieron santiago y andrés sin imaginar para qué iba a servir su muerte
luz helena
como murió usted tantas veces luz helena
y ¿sabe? es como si ahora su llanto hubiera vuelto a mojarme la camisa
recordándome lo poco que hice y hago y sigo sin hacer
por todos los que fueron y de golpe dejaron de ser a golpes
y por los que son como usted es y sigue siendo luz helena
1994

NOTAS:

*.- En "No son todos los que están" figura en la sección "Textos ex dispersos".

**.- Se trata de Julio Cortázar.

***.- Luz Helena Restrepo, madre de Santiago y Andrés Restrepo,
desaparecidos en 1988. Diez años después el gobierno del Ecuador reconoció
que se trató de un crimen de Estado.-Yambo: laguna donde se supone que
fueron arrojados los cadáveres.